

Discernimiento, una urgencia para todo el pueblo de Dios

Para ver tenemos que tener los ojos abiertos, para discernir hay que cerrarlos, pensar y decidir y, por supuesto, adherirse a lo bueno y ponerlo por obra. En todos los artículos de este número de Testimonio queda claro que hay tres aspectos que dependen del buen discernimiento del dinamismo de la fe: *la fidelidad, felicidad y fecundidad de nuestras vidas*. Ello es especialmente verdad en este momento de nuestra historia.

Sin duda que hay tiempos y tiempos, lugares y lugares, personas y personas para el discernimiento. Quizás no ha habido otro momento en toda la historia de la humanidad, de la Iglesia y de la Vida Consagrada (VC) con tantas luces y sombras como ahora. No hay duda que en nuestros días tenemos vivos deseos de bondad, de comunión, de paz, de solidaridad y de justicia; la luz quiere irradiarse; la verdad impulsa desde el interior de las conciencias y del corazón. Hay buenos remanentes de esperanza y de pasión. Se trabaja por encontrar cauces de progresos en todos los órdenes.

Pero todo esto se da en contextos humanos sumamente conflictivos; vivimos una etapa histórica de grandes convulsiones; las sacudidas alcanzan a nuestras raíces; hay crisis de valores fundamentales, de criterios que tenemos siempre por sólidos y de comportamientos habituales. Esto se debe, en buena parte, a la profundidad, universalidad y casi vertiginosa rapidez de los cambios en todos los ámbitos. Somos acosados por un mundo de flashes novedosos y de intereses contrapuestos. Ello hace, también, que nuestras energías se dispersen en mil direcciones y quedemos bastante perdidos y muy desorientados y que tomemos por osadía y audacia lo que es temeridad alocada. Por eso, en todas partes surgen problemas y conflictos a veces graves y aparece toda clase de relativismos y contradicciones.

Conclusión, es urgente el discernimiento. Eso pensamos en el Consejo de la Revista Testimonio y de esa convicción y motivación nació este número

que lleva el justificado título: *Discernimiento en todo el pueblo de Dios*. No lo dudemos, las acciones acertadas y decisivas de la historia de la VC han sido siempre fruto del buen discernimiento. En toda esa historia se ha dado el discernimiento en nuestras comunidades y personas, aunque no siempre se haya llamado así. Especialmente destacado en este campo fue el aporte de Ignacio de Loyola, experto buscador de la luz en los dinamis-mos contrapuestos del corazón humano. Él penetró en ese abigarrado mun-do interior y enseñó con destreza a desvelar los signos que aparecían en los tiempos y personas con las que le tocó vivir, y a descifrar las mociones que las movían. En los Ejercicios espirituales para los jesuitas el discernimiento tiene una relevancia singular como se nos indica en uno de los artículos de este número.

La Iglesia está en crisis y también la VC. Ninguna novedad afirmar esta realidad. Esto nos emplaza y urge a la tarea del discernimiento. “Es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del evangelio de forma que acomodándose a cada generaciones pueda la Iglesia responder a las perenes interrogantes de la humanidad” (*Gaudium et Spes* 4). Son muchos los pasos que tenemos que dar para dejarnos mover y conducir por el Espíritu, por su luz y fortaleza y llegar a una deliberación en, desde y conforme con la concreta voluntad de Dios para nosotros.

Conviene no olvidar que sin la experiencia de la cruz, del diálogo de discernimiento esperanzado y paciente, en fe, oración y sencillez, va a ser muy difícil y casi imposible conocer con verdad el paso del Señor y celebrar el triunfo de su resurrección en medio de la fraternidad. *Cuando el discernimiento se hace con autenticidad acaba removiendo dificultades, potenciando recursos, recreando los comportamientos más humanos, fraternales y evangélicos. Lo decisivo del discernimiento es conocer y cumplir la voluntad de Dios en espíritu y en verdad.*

Tanto en los artículos como en las experiencias de este Número buscamos favorecer e impulsar el discernimiento personal y comunitario de la Iglesia y de la VC de hoy. De él, como se puede observar con la lectura de los diversos aportes hay experiencias diversas según los distintos carismas y formas de VC. Quiero también destacar la fuerte necesidad de discernimiento de los jóvenes; el sínodo nos dejará con mucha reflexión sobre el tema. La esperamos con ganas. No le resulta para nada fácil al joven discernir auténticamente.

También quiero destacar las reflexiones llenas de experiencia de la exigencia de discernimiento que nos pide la puesta en práctica del capítulo VIII de la *Amoris Laetitia* y la dimensión social y política: “Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz inalterable del evangelio, deducir prin-

cipios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción según las enseñanzas sociales de la Iglesia... A estas comunidades toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los obispos responsables, en diálogo con los demás cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que aparezcan necesarias y urgentes en cada caso” (Pablo VI, *Octagesima Adveniens* 4). *Está muy repetido en todos los aportes que la palabra de Dios es lugar privilegiado para todo discernimiento.* Con todo, nos queda la tarea de recibir esa palabra e interpretarla según nuestros propios filtros y convertirla en luz y fuerza para caminar por la vida como Dios quiere.

JOSÉ MARÍA ARNAIZ, SM
Director